



Cuando Mateo escuchó a aquella dulce niña de vestido azul, hermosos ojos y larga cabellera negra decirle que su nombre era *Zapam Zucum*, pensó en huir, pero la herida de su pierna no se lo permitió. Ella le tomó la mano y —sin decirle más— se lo llevó caminando, casi hechizado. Mateo creyó que inevitablemente regresaría al mundo de debajo de las catacumbas para no salir nunca más. No tenía fuerzas para resistirse y la fiebre ya no lo dejaba pensar bien. Comenzaba a tener alucinaciones: Indi, el ave de colores que tanto lo había ayudado, apareció de pronto y se acercó hasta la niña con un vuelo inocente; pronto empezó a golpearle la cabeza con el pico, y con las patas le rasgaba el pecho, ella gritaba como loca, como si en verdad fuera una niñita indefensa. Delirante, Mateo veía cómo los colores del pájaro se multiplicaban en el cielo y las alas iban creciendo al tiempo de botar plumas de todos los tamaños. En eso, la niña cambió su mirada angelical por una aterradora, incluso

por un momento, Mateo juraría que vio cómo sus ojos se oscurecieron completamente hasta parecer solo dos agujeros negros en el rostro, que ahora se mostraba feroz. Y fue tanta la rabia, que se transformó en lo que verdaderamente era: la bruja Zapam Zucum, la misma que se había llevado a sus amiguitos desamparados al submundo de las catacumbas para siempre. Ahora debía pelear con Indi, que estaba luchando para salvar a Mateo. La bruja levantó la mano hechicera y de un manotazo quiso librarse de su atacante, pero el ave ya ostentaba unas alas muy grandes y resistió el golpe. Se elevó tan alto como pudo y comenzó a crecer hasta convertirse en un ave fantástica que daba graznidos colosales. Mateo, casi desfalleciente, vio cómo Indi emprendió un vuelo directo contra la bruja y fue cuando Zapam Zucum entendió que, en ese momento y en ese lugar, tenía la batalla perdida y se desvaneció antes de ser alcanzada. El ave fue recobrando su tamaño original y Mateo sintió que unos brazos lo llevaban cargado velozmente. Justo antes de desmayarse logró ver el rostro de quien lo llevaba: era su amigo Eduardo.

Meses después...

Comenzaba el día sábado y Mateo se disponía a ganarse algunos soles con sus acrobacias callejeras para llevar un poco de dinero a su casa. La pierna ya estaba totalmente recuperada, aunque una marca en forma de media luna no lo dejaría olvidar el ataque del temible Karisiri. No obstante, aprendió a dar brincos porque se conseguía más monedas que vendiendo dulces. La esquina de Diagonal y Shell en Miraflores era un buen lugar hasta que los policías municipales le prohibieron trabajar ahí. Ahora lo hacía furtivamente, pero ya no podía conseguir tanto dinero. Ese día, apenas había logrado juntar cinco soles pasado el mediodía cuando, una vez más, se apresuró sobre el cruceo peatonal —aprovechando una luz roja— para hacer sus piruetas. De pronto vio la figura delgadísima de una mujer de blanco que se acercaba velozmente por la vereda. Avanzaba como si estuviera patinando, pero al fijarse, Mateo no dio crédito a lo que veían sus ojitos café: la mujer no tocaba el piso, iba flotando ligeramente por encima del pavimento, sin mirar a nadie. El niño se sorprendió tanto que detuvo su pirueta. Pero lo que le llamaba poderosamente la atención era que ¡nadie se fijaba en ella!, como si fuera una persona más caminando por esa transitada vía. La mujer pasó junto a él y dejó

caer algo. El niño se agachó a recogerlo y quiso entregárselo, pero ella continuó su camino, sin detenerse. Mateo apresuró el paso para alcanzarla. La llamaba continuamente, pero ella no se inmutaba, ni siquiera pestañeaba. No solo eso, sino que nadie parecía percatarse de su extraña y levitada presencia que no solo era rara por el detalle de estar flotando, sino que la dama era toda peculiar: desde su intensa blancura, su delgadez, su rostro anguloso —pero hermoso— y sus ropas tan blancas que deslumbraban. Era extraña. Avanzó unas cuadas más por el malecón Balta y llegó hasta el parque El Mirador, ese que da a un precipicio y desde donde se ve el mar. Contempló el horizonte unos instantes y se aventó por el acantilado. Mateo lanzó un grito de horror creyendo que se había tratado de un



suicidio, pero al correr al lugar la vio avanzar por los aires sobre el mar. No estaba soñando porque se pellizcó varias veces hasta que le dolió, y ese día había desayunado bien, así que no eran espejismos producto del hambre. «¡Oh, no! —se dijo—, ¡otra vez, no!». Se dio cuenta de que los fantasmas en su vida no habían terminado.

Miró el objeto que la mujer había dejado caer: era un collar de piedras extrañas con una esfera más grande en el centro. «Ni modo, lo venderé, parece caro. ¿Cuánto valdrá? ¿Me darán cincuenta soles?», se preguntaba Mateo. Intentó olvidar la escena de la mujer y se concentró en tratar de vender el collar, pero nadie quería darle más de diez soles. Casi lo vende a ese precio, hasta que una ambulante lo vio y le dijo que era un collar muy especial, que no lo vendiera.

—Anda a buscar a Llullu a la huaca Pucllana, él te va a decir cuál es el verdadero valor del collar —le dijo la mujer.

—¿Llullu? ¿Qué es eso? ¿Hombre o mujer?

—Llullu es un hombre, casi un santo, ¡más respeto! —le reclamó la vendedora.

—Ay, yo qué sé... Ni siquiera lo conozco, cómo voy a buscarlo —le contestó desconcertado Mateo.

—Él siempre está en la huaca Pucllana desde el atardecer, va a hacer ofrendas a Quilla, se queda toda la noche... él sabe mucho de estas cosas, búscalo. No te quiero asustar, pero esto parece brujería.

—¿Esta cosa? ¿Crees que es brujería? ¡Entonces lo tiro!
—exclamó asustado el niño al tiempo que lanzaba el collar al suelo.